

llega á la provincia de Murcia. Los geógrafos árabes, apegados á la opinión clásica, y extendiendo el nombre de la Sierra de Segura á toda la cordillera que abraza desde Alcaráz á Sierra Nevada, afirman que de una sola y misma fuente, compartida en dos ramales como undosa cabellera femenina, surgen dos ríos contrapuestos, «uno de ellos el de Córdoba, llamado *Río Grande* (el Guadalquivir) y el otro el *Río blanco* (el Segura) que corre por Murcia.» (1) «Casi siempre profundamente encajonado, pero prestando el beneficio de sus aguas á alguna parte de los términos de Yeste, Létur, Férez, Moratalla y Calasparra, atraviesa el estrecho llamado de los Almadenes por entre unos cortes de más de doscientos metros de altura, pasa al pie de Cieza y del Monte del Oro y cruza el Valle de Ricote y las riquísimas huertas de Abarán, Blancas, Villanueva y Ojos, entrando más allá de Archena á fertilizar la vega hermosísima que casi sin interrupción se extiende desde allí hasta la marina.» «Después de su confluencia con el Mundo, va recibiendo sucesivamente los ríos Alarabe ó de Moratalla, Argos ó de Caravaca, el Quípar, el de Mula con su afluente, el de Pliego, las ramblas del Judío y del Moro y la de Sangonera, formada por los ríos de Vélez y de Luchena, que viene á unírsele de un modo insensible por bajo de Murcia.» «Varias son las obras notables que se encuentran en este río, mereciendo citarse las presas del Rey (minas de Hellín), de las Rotas y del Esparragal (Hondonada de Calasparra) y sobre todo la Parada, que se halla construída á una legua por cima de Murcia, para recoger el caudal de sus aguas y dividir las entre las diferentes acequias que por una y otra orilla cruzan el ancho valle que media hasta la desembocadura del río» (2).

(1) XERIF-AL-EDRISI, págs. 195 y 196 del texto árabe, 238 de la trad. fr. de Dozy De Goeje; Saavedra, *La Geografía del Edrisi*, *Boletín de la Soc. Geog. de Madrid*, tomo XI, pág. 113.

(2) BOTELLA, *Op. cit.*, pág. 5; respecto de la Parada y la distribución de las aguas del río, puede con fruto consultarse la obra que con el título de *La Huerta de Murcia*, escribe nuestro buen amigo el Sr. Díaz Cassou.

Seco por lo común, excepto en las épocas de grandes avenidas, el Sangonera merece más bien el nombre de rambla que el de río. Entre las *Sierras María y de las Estancias*, en el sitio llamado *campo de Asnares*, tiene, sin embargo, nacimiento con el nombre de río de Vélez que conserva hasta enlazarse con el de Luchena, el cual toma origen no lejos de la sierrecilla de la Zarza y atraviesa la *Sierra de la Culebrina*, donde acrecienta su caudal con el de los manantiales conocidos por los *Ojos de Luchena*. Verifícase el enlace del Vélez y el río de Luchena poco antes del estrecho de Puentes, donde se hallaba el famoso *Pantano de Lorca*, y formando entonces el Guadalentín, recibe la rambla de Nogalte (1), aunque sin apellidarse aún Sangonera, lo cual sucede cuando, pasada Lorca, se aumenta con las vertientes del borde septentrional de la región mediterránea, ó rambla de Viznaya, pasa entre Alcantarilla y el Palmar, y cae en el cauce artificial del Reguerón, labrado para desviar sus aguas del Segura en la parte alta de Murcia. «Encauzado por el Reguerón, atraviesa toda la huerta de Murcia, sigue á la de Orihuela, donde se le une el azarbe mayor de Urchillo y desemboca por fin en el Segura en el rincón de Pando (2).»

Entre las lagunas que así en las altas planicies de la provincia de Albacete, como en las regiones menos elevadas de la de Murcia forman depósitos naturales de aguas estancadas, salinas las unas como las de Pinillas, Pétrola, Zacatín y de las Rosas, y dulces las otras como las famosas lagunas de Ruidera y las de Archivel, son en el primer concepto de mayor interés el llamado *Mar menor*, y las que son reputadas como origen del Guadiana.

(1) «La rambla de Nogalte nace en la cuesta de Viótar entre el Cabezo de la Jara y la Sierra del Caño, á unos 840 metros de altitud; por lo común se pierden sus aguas en el campo de Lorca y sitio llamado el Esparragal, salvo una pequeña derivación que cortando la divisoria va á parar al mar en término de Villarico, por Benzal y la rambla Muleria» (BOTELLA, *Inundaciones y sequías*, *Bol. de la Sociedad geogr.*, tomo X, pág. 19, nota).

(2) Puede para más detalles consultarse el notable y ya citado trabajo del mismo Sr. Botella, *Inundaciones y sequías*.

Situadas éstas en terrenos de formación triásica, al principio de los campos de Montiel y confines por tanto de las provincias de Albacete y Ciudad-Real, llegan al número de trece, escalonadas en dirección N. S. vertiendo sus aguas de unas en otras, en un espacio de 13 kilómetros; el Mar Menor, junto al Cabo de Palos y no lejos de Cartagena, se extiende hasta contar 185 metros cuadrados de superficie y termina cerca de San Pedro en dos lagunas de sal, separadas por diques y compuertas. «De escaso fondo en toda su extensión, esta gran laguna se encuentra sembrada de algunos islotes y separada del Mediterráneo por una estrechísima banda cubierta de dunas, á donde asoman los cerritos terciarios de la Embestida, de Galán, de los Pedruchos y del Estacio, y el cerro traquítico de Calnegre, y se halla interrumpida en muy corto trecho por el pequeño canal llamado la Boca de la Gola.» Júzgase por lo común que el Mar Menor debe su origen á un terremoto y hundimiento acaecidos hacia mediados del siglo IX; pero aunque á su formación pueden haber contribuido los movimientos sísmicos, tan frecuentes en esta provincia de Murcia, su existencia es muy anterior, dando de él ya noticia Estrabón, quien lo describe (1). Su origen es el mismo de las demás albuferas que bordean la costa y se debe á un simple cambio en el cordón del litoral, como con aquellas acontece (2).

Debido á la casi completa falta de arbolado en estas comarcas, las fuentes naturales no abundan en ellas, contándose, sin embargo, las de *los Ojos de San Jorge*, *la Fuensanta*, de Alcaráz, las de Hellín, Isso y Yeste, y la intermitente del *Gargantón de Ayna* en la provincia de Albacete, y las de *Llechar* y del

(1) Nomen est ei Dianum, habetque in propinquo bonas secturas ferrarias, tum exiguas insulas Planesiam ac Plumberiam ac lacum marinum supernè, cujus circuitus estadiorum est CCCC. Sequitur Herculis insulam, jam pone Carthaginem, quam Scombrariam vocant à captis ibi scombris, ex quibus optimum fit garum: distat à Carthagine stadiis XXIV (Lib. III, cap. IV).

(2) Los lectores que lo desearan, pueden consultar el estudio del Mar menor hecho por el Sr. Botella, en la *Memoria* de que nos servimos (págs. 7 y 8).

Capitán en Mula, la de *Pliego*, las de *las Anguilas* y *del Barbo* en las faldas de Espuña, las del *Caño*, *Tosquilla* y *Ojos de Luchena* en Lorca, de *Pulpillo*, *Marisparza*, de *doña Blanca*, de *la Negra* y de *Tobasillas* en Yecla, con otras varias que surgen en el territorio de la provincia de Murcia, entre las cuales son merecedoras de particular atención las de las Anguilas y del Barbo, así denominadas por las clases de pescados que según parece han solido venir en las aguas. «Si justa censura merece el abandono de las fuentes naturales en este distrito—dice el Sr. Botella,—á sinceros elogios es acreedor el cuidadoso esmero con que se ha procurado la conservación de las termales y minerales,» numerosas «particularmente en la provincia de Murcia, en que son tan frecuentes los asomos volcánicos y plutónicos,» á que deben su indudable origen, figurando entre estos manantiales que pueden dividirse en las dos clases de sulfurosos y salino-termales, los de Archena (Murcia), Azaraque (Albacete) y Fuente-Podrida (Casas-Ibáñez-Albacete) entre los primeros, y los de Alhama, Mula, Fortuna y la Parroquia, todos ellos en la jurisdicción murciana, entre los segundos.

Pero lo que más importancia ha dado y da sin disputa al antiguo reino de Murcia, es su incomparable *Huerta*, donde parece que, á despecho de las sequías y de las inundaciones, tan frecuentes por causa del relieve y de la configuración del terreno (1), la providencia ha querido dar realmente gallarda muestra de su poder y del de las fuerzas prodigiosas de la naturaleza. No sin razón se engríen y se ufanan los hijos de aquella privilegiada región con ella; no sin motivo justificado los poetas murcianos enaltecen y subliman sobremodo la belleza y el atractivo de la *Huerta*, pues no hay en rigor de verdad nada que pueda ser con ella comparado, y en particular cuando desde las

(1) Véase cuanto respecto de las inundaciones y sus causas consignan los entendidos ingenieros Sres. García y Gaztelu, comisionados por el Gobierno en 28 Junio de 1884 para estudiar las causas de las mismas, en el cap. II de su *Proyecto de obras de defensa*, etc., ya citado, t. I.

alturas de Monteagudo se contempla el espectáculo maravilloso que á la asombrada vista del viajero se desarrolla por todas partes esplendoroso y sonriente; cuando de un solo golpe se abarca aquel mar de verdura que como tapiz bordado se extiende muelle y regaladamente, bañado en lluvia de oro desmenuzada que sobre él vierte cariñoso y enamorado el sol, asomando su rostro como por un antepecho por los picos desiguales de los montes que en el horizonte se dibujan; cuando, á modo de hilos de plata resplandeciente, se distingue por entre las copas de los árboles y los penachos de las palmeras las acequias, los brazales, los partidores, todo aquel sistema de irrigación maravilloso, á que responde agradecida la tierra, vistiendo sus más ricas y preciadas preseas, y asoman también los pájizos techos de albardín de las *barracas* de adobes, que encierran en sus rústicos y delezna- bles muros tanta poesía y tan sin igual encanto!

La *Huerta de Murcia!* Oasis deleitable, sueño peregrino y fascinador que sólo puede ser sentido y nunca interpretado! ¿Quién será capaz de describirte, de analizar tu belleza, de hacer sentir á los que no te han visto, ni el soplo tenue, acariciador y perfumado de tus brisas, ni el aroma de tus flores, ni el regocijo inusitado que inspira el desbordamiento incansable de las fuerzas vivas de la madre naturaleza de quien pareces hija predilecta y mimada? ¿Quién podrá nunca pintar con sus verdaderos tonos y matices tu hermosura, la limpidez transparente de tu cielo, los secretos que encierras, ora dulces, poéticos y conmovedores, ora tristes, dramáticos y terribles?... Delante de ti sólo es posible enmudecer: sólo es posible contemplarte; y cuando el viajero de ti se aleja, te lleva en su imaginación y en ella vives entre apacibles *saudades* y memorias que no han de borrarse nunca! ¿Qué de extraño que tus hijos enamorados de ti te echen de menos en todas partes, y que por do quiera canten tus excelencias? ¿Qué de extraño, cuando aquellos que sólo una vez han recreado en ti sus ojos, te echan de menos también con triste melancolía?

Ponderada por los musulmanes al extremo de no hallar nada á ella asemejable, la historia de la *Huerta*, que es no obstante la del país que honra, se ofrece no con aquella claridad que fuera deseable, sin que sea lícito afirmar la ocasión y el momento preciso en que hubo de surgir, merced á los afanosos cuidados del modesto campesino. Si bien no falta quien afirme, dadas las condiciones naturales del valle del Segura, que los terrenos de la huerta debieron ser siempre fértiles y feraces, lo mismo en los primeros días en que la agricultura comenzó á ser conocida por los habitantes de la Península, quizás los iberos, que en los de las colonias helénicas allí establecidas en Argos, Asso y Ello, y en los días de cartagineses y de romanos,— nada hallamos en los escritores de aquellos tiempos no obstante, por donde pueda venirse en conocimiento del linaje de cultivo que hubo en tal sazón de recibir aquel valle, siendo necesario llegar á la época de la dominación musulmana, para comprender que á los invasores del siglo VIII^o debió su organización sin duda, como les debió su desarrollo y su cultivo, hasta el fatal decreto de expulsión lanzado por la intemperancia de Felipe III contra los moriscos, en los primeros años del siglo XVII.

El desbordamiento de su río principal, el Táder, el Río blanco ó Secura, con el de las ramblas y los arroyos que contribuyen, según dejamos indicado, á acrecentar el caudal de aquel, y que fecundando no con regular periodicidad el valle por donde discurre hasta arrojarse por Guardamar en el Mediterráneo,— lleva consigo la felicidad para el labriego y con más frecuencia la desdicha y la muerte (1), hizo acaso que, exaltadas la fanta-

(1) Refiriéndose á las condiciones generales de la Península, escriben los ingenieros encargados por el Gobierno del proyecto de obras de defensa contra las inundaciones en el valle del Segura: «España, la nación agrícola por excelencia, la que por sus variados climas es apta para producir todos los frutos del globo, la que por su claro cielo y su ardiente sol, podría y debiera ser un vergel en Europa, y ahí están para prueba las magníficas huertas de Valencia y de Murcia... —es realmente un verdadero páramo, donde el Sol, ese majestuoso presente de la Providencia, que todo lo atrae y vivifica como fuente única de vida, todo lo agos-

sía y la memoria de aquellos africanos establecidos en el territorio de esta provincia aun en los días en que subsistió el Reino de Aurariola, y después, excitados los laboriosos yemenitas y maáditas que lo poblaron desde los tiempos de Abd-er-Rahmán I, recordando el Nilo comparasen esta región á la de Egipto y se consagrasen á utilizar por medio de canales y de acequias las aguas del Segura, así para favorecer el cultivo, como para debilitar la creciente é impedir los graves daños de las inundaciones. Eran con efecto los naturales de la Arabia gente experimentada en tales empresas, y bien acreditado lo tenían en las regiones de aquella Península que llevan el nombre de Yemen; pérdidas para el cultivo las aguas con que el sistema orográfico de la región mastiana convidaba, el valle y la mayor parte de aquel terreno estaban sedientos de agua, no bastando á satisfacer sus necesidades las que le proporcionaba el Segura al extenderse por el llano y rebosar su cauce por las lluvias. ¿Fueron pues ellos quienes establecieron el sistema de irrigación que ha hecho famosa la Huerta de Murcia? No parece resultar ciertamente lo contrario del testimonio histórico consignado por Aben-Adharí de Marruecos, según el cual los habitantes arábigos de aquella comarca suscitaron sangrienta contienda en el reinado de Abd-er-Rahmán II, ya en el siglo IX, por haber un maáditas cortado ó dejado caer de un huerto propio de un yemenita la hoja de una vid, contienda que duró por espacio de siete años, y que dió margen á la fundación y engrandecimiento de la ciudad de Murcia.

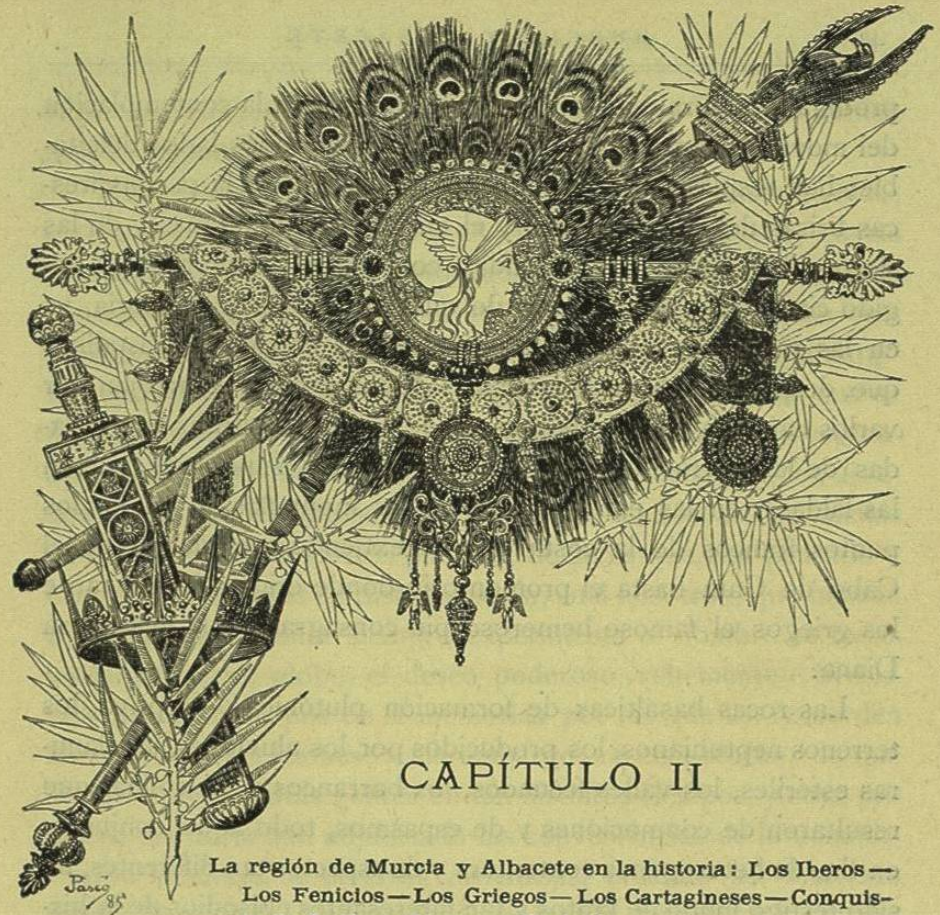
ta y lo destruye: donde tiene lugar en toda su triste realidad el célebre axioma de Gasparin: *Sol menos agua, igual desolación.*» Más adelante añaden: «los ríos, debido á multitud de causas..., son alternativamente grandes y secos arenales, ó el lugar por donde una corriente furiosa, al bajar de abruptas y peladas montañas, siembra por todas partes el espanto y la destrucción», exclamando: «¡Cuánta riqueza perdida! ¡Cuánta vida amenazada! ¡Cuánta producción comprometida! ¡Cuánta energía, en fin, vemos pasar á nuestra vista para engolfarse estérilmente en los abismos de los mares que nos rodean!» (D. Ramón García y D. Luís Gaztelu, *Proyecto de obras de defensa contra las inundaciones en el valle del Segura*, t. I, págs. VIII y IX).

La época de su mayor auge, aquella en la cual consiguió llegar á punto nunca después alcanzado, fué no obstante y sin duda alguna, aquella en la cual con el fraccionamiento y la caída del Califato Cordobés, primero como señorío independiente, luego incorporado á Almería y más tarde á Valencia, según veremos, alcanzó verdadera autonomía, entregada á sus propios recursos; fué la que se halla representada por sus rúgulos desde el esclavo Zohayr hasta el que, en pos de los días de la dominación almoravide y durante la almohade, hace de ella y de todo el reino entrega al infante don Alfonso de Castilla (1243). Fué entonces cuando los poetas de la corte murciana cantaron sus excelencias, cuando surcaron su valle multitud de acequias fecundantes, cuando se trocó en verdadero oasis, y cuando esmaltaron su término naranjos, limeros y limoneros, erguidas palmas, jugosos nopales, copudas moreras, albaricoqueros, granados, y toda suerte de árboles frutales, nogales, higueras, chopos, pinos, parras, y alfombraron su suelo la grana, el arroz, el trigo, el cáñamo, el lino, los pimentoneros y en fin todas las hortalizas cultivables, hasta el punto de afirmar todavía en su ingenua admiración los labradores cristianos que «el trocito de tierra llana tendido entre los *altos* de Molina y las sierras fronteras de la Fuensanta, es el mismísimo que dió el Señor en dote á su bendita Madre, y que ésta no quiere habitar más cielo que el que derechamente nos cae encima [á los murcianos], para poder mirar más á su gusto este florido, predilecto valle, único que puede dar á los mortales aproximada idea de aquel terrenal Paraíso, perdido por malos de sus pecados» (1).

De tales tiempos, perpetuada la tradición entre los mudejares y más tarde entre los moriscos granadinos que habitaron en la Huerta, datan el admirable sistema de riegos, las obras todas con las cuales se atiende todavía, aunque en decadencia lastimo-

(1) GIBBERT, *Historias, escenas y costumbres murcianas* (*Revista de España*, t. LII, pág. 497).

sa, al cultivo del valle del Segura; y á despecho de la orden tiránica de Felipe III, contra la cual protesta elocuentemente la representación elevada por los regidores y síndicos de Murcia en 1613 para que fuesen respetados de la expulsión los moriscos mudejares del valle de Ricote, personificados por la pluma del inmortal Cervantes,—todavía puede asegurarse, al contemplar en medio de aquellas frondosas tierras, de aquellas tahullas y bancales que riega con su sudor el huertano, las barracas y los caseríos, los unos con sus techumbres de albardín, con sus muros resplandecientes los otros; al mirar aquellos hombres que usan los moriscos zaragüelles, los abigarrados chalecos, el pañuelo de vivos colores liado á la cabeza como turbante ó almaizár, y sobre todo la rayada manta murciana al hombro, acurrucados á la oriental, haciendo vida oriental y condimentando á la oriental sus alimentos, todavía, repetimos, parece como que se cierne sobre la Huerta el espíritu de los musulmanes sus fundadores, los que enseñaron el cultivo de la misma, los que enfrenaron las corrientes de agua, y de asoladoras y mortales las convirtieron en esclavas.



CAPÍTULO II

La región de Murcia y Albacete en la historia: Los Iberos — Los Fenicios — Los Griegos — Los Cartagineses — Conquista de Carthago Nova por Escipión

No otro es, conforme á su constitución y condiciones naturales, el teatro en el cual, con accidentes y alternativas reiterados y continuos, se desarrolla en interesante y pronunciado relieve, según quedó indicado, parte muy principal de nuestra historia patria: razas y pueblos de distintas procedencias, de caracteres desemejantes y aun contrapuestos, de condición heterogénea y de aspiraciones diferentes, han desfilado los unos en pos de los otros por aquellos lugares en el largo proceso de los siglos; han cultivado y hecho fértiles los valles y las campiñas que adquirieron después justo renombre; han explotado las producciones de varia especie con que en esta región brinda